

Discurso de homenaje a Anna Maccagno por su nombramiento como profesora emérita

Querida Anna:

El azar ha querido que sea yo el encargado de decirte estas palabras, no en nombre propio, sino en el de todos tus colegas. Comprenderás, sin embargo, que no me es posible dejar de mencionar que somos amigos y que tu amistad en especial es una de aquellas que siempre me he preciado en tener. Por ello me permito hablarte de "tú" en esta ceremonia, revelando en público ese enraizado cariño que nos une y que sólo pueden alcanzar dos personas que comparten una fe profunda y común: la fe en las virtudes del ser humano y en sus inmensas posibilidades de transformar y embellecer el mundo; esa fe por la que ambos nos hemos dedicado a la enseñanza y que es, en rigor, la fuerza que le confiere sentido y fundamento a la universidad.

Tú y todos los que integramos esta casa somos conscientes de que la Facultad de Arte nos ha dado enormes satisfacciones. Y esas satisfacciones han sido posibles gracias al talento de los artistas que han acudido a sus aulas, pero también al trabajo

orientador de los maestros que los han moldeado con su palabra oportuna y sincera. Es una situación paradójica: quienes crean y moldean una obra han sido a su vez creados y moldeados por aquella figura amorosa y sabia que es el maestro.

Esa imagen del maestro, para quien conoce la Facultad de Arte de nuestra universidad, se halla encarnada de modo ejemplar en tu figura, Anna. No podemos imaginar de otro modo a quien como tú aprendió desde muy temprano una verdad esencial para todo aquel que profesa o ha profesado el magisterio: que el saber es una cosecha que se renueva en cada estación, que el conocimiento es fruto privilegiado de un esfuerzo que en común realizan maestro y discípulo. Siendo digna sucesora del recordado maestro Adolfo Winternitz, tú, con paciencia, con disposición y cariño singulares, has consagrado buena parte de tu vida a formar artistas, a infundirles ese sentido creativo, a enseñarles a conquistar la libertad que nace de la disciplina, a hacer, en suma, que el prestigio de nuestra Facultad se conserve y adquiera nuevos bríos. En esa tarea tú nunca desmayaste, querida Anna, porque conocías, como pocos, esa fuerza iluminadora que hay en toda alma nueva, en toda vocación que pugna por nacer y ofrecer al mundo un color, una forma, una voz distintas. Generaciones de pintores, escultores y diseñadores se deben, pues, a ese magisterio sabio, honesto y permanente que tú has sabido ejercer, por más de treinta y cinco años, como profesora, jefa de departamento y finalmente decana.

Pero no sólo eres maestra en el mejor sentido de esta palabra. Tú misma eres una gran artista, una magnífica creadora que ilumina a sus alumnos mediante el

ejemplo vivo. En tus obras escultóricas podemos apreciar el vuelo de tu espíritu, esa búsqueda expresiva que, fundiendo en la materia física imaginación y libertad, sensatez y sentimiento, se traduce en líneas y formas de inquietante belleza. Y es que tú has comprendido perfectamente que la obra de arte nos descubre el sentido oculto de las cosas y que por ello mismo no es sólo resultado de una estética sino también de una ética, de un ejercicio en el que se comprometen de modo excepcional tanto el cuerpo como la mente del creador para dar a luz un nuevo rostro de la verdad. Tú, así, a la par que has ido moldeando aquella otra materia más delicada y a la vez más poderosa que es el espíritu de los jóvenes, has ido conformando un universo personal e irrepetible, de extraordinaria hermosura y enorme poder persuasivo.

En estos tiempos de confusión y desesperanza, en esta época en la que el destino de nuestra comunidad universal se halla ensombrecido por el culto a la muerte y al fanatismo, eso que tú has logrado entre nosotros como artista y como maestra adquiere un especial relieve y un sentido más profundo, pues nos enseña que no hay destino posible para el hombre si no busca en su corazón la verdad y la belleza; nos enseña que, sin el arte, el hombre es menos humano y su hogar es menos su hogar y más un recinto frío y ajeno.

Destacar como maestra y artista es ya de por sí encomiable. No obstante, a esos atributos tú sumas tu don de gentes, esa mezcla de gracia y carisma que prodigas a diario a todos los que tenemos la suerte de gozar de tu amistad. No es sin embargo una donosura inequívoca; la fuerza de tu voz, la gallardía de tu entonación, puede

llevar a alguno a una engañosa impresión primera. Engañosa porque todos los que te conocemos sabemos bien que tras esa voz habita una abierta calidez, una permanente actitud amorosa muy cercana a lo maternal. Quizá esa impresión surja de tu firme vocación por mantener con orgullo tu romanidad, por ser una romana auténtica que sin embargo ha aprendido a querer a nuestro país y se ha quedado en él para brindarle lo mejor de ella.

Esta reunión quiere ser una forma de homenaje a todo eso que tú, Anna, nos has ofrecido con tanto amor y con tanto desprendimiento. Me refiero, y tú lo sabes bien, a esa vida dedicada a la creación, a la inteligencia, a la realización del hombre en todo lo que éste posee de valioso y perdurable. No hay manera de pagar esa vida ciertamente. Por eso la medalla que ahora te conferimos, para señalar tu profesorado emérito, no es más que un símbolo del profundo y sincero agradecimiento que sentimos por tu dedicación y entrega las autoridades de esta casa, tus compañeros en la enseñanza, los alumnos que has ido formando, es decir, la comunidad universitaria entera.

No deja de ser curioso que en esta ceremonia hablemos de símbolos. Pues podemos entender que toda aventura intelectual o artística supone en su esencia trazar una serie de signos con el afán de explicar el mundo. Como hermosamente ha escrito Borges, quizá la paradoja de esa búsqueda radique en que quien traza aquellos signos descubre finalmente que, viéndolos en conjunto, ha ido dibujando su propio rostro. ¿Cuál es esa imagen que, sin proponértelo acaso, a través de tu obra y tu magisterio,

has ido perfilando tú, querida Anna, a lo largo de todos estos años? Allí están las muchas versiones de esa vida tuya que esta tarde hemos intentado evocar: Anna, profesora universitaria; Anna, artista; Anna, madre de aquellos hijos acogidos por intermedio del arte; Anna, en fin, amiga y maestra entrañable, mujer íntegra y buena en el sentido diáfano y pleno que deberían tener siempre estas palabras. Se trata de palabras sencillas, es verdad; pero yo, como quizás muchos de los aquí presentes, no conozco para ti un elogio mejor.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

5/10/2001